

# Un interesante lote de bronce, hallado en el castro de Sanchorreja (Avila).

J. MALUQUER DE MOTES

En 1931, durante las primeras prospecciones realizadas en el castro de "Los Castillejos", de Sanchorreja, para preparar futuras excavaciones <sup>1</sup>, apareció en una de las catas llevadas a cabo en una zona extramuros de la muralla del recinto de la acrópolis, un pequeño lote de bronce de gran interés. Inéditas las excavaciones realizadas en dicho castro <sup>2</sup> tampoco fueron publicadas esas piezas de bronce, a pesar de que han sido objeto de breves referencias <sup>3</sup>.

En el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca, hemos realizado el estudio de aquellas excavaciones y se halla en prensa un trabajo monográfico en el que interpretamos el conjunto del yacimiento. Sin embargo esos bronce poseen el carácter de un "hallazgo cerrado", cuyas condiciones de yacimiento pudieron establecerse de modo preciso, por lo que hemos creído de interés darlos a conocer a los lectores de ZEPHYRUS.

El lote estaba constituido por una hebilla de cinturón tartésica (sólo la parte hembra del juego), una hebilla triangular con un garfio y escotaduras laterales junto con un pequeño fragmento de la hembra en forma de parrilla, dos braza-

---

(1) Las excavaciones del castro de Los Castillejos de Sanchorreja, se realizaron entre 1931-1935. En la campaña de prospección inicial intervinieron D. Juan Cabré, D. J. M. de Navascués y D. Emilio Camps. Desde 1932 la dirección de los trabajos estuvo a cargo de los señores Navascués y Camps.

(2) Por gentileza de don Joaquín M. de Navascués hemos realizado el estudio de las excavaciones de Sanchorreja en el Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca. Cfr. J. MALUQUER

DE MOTES, *Excavaciones en el castro de "Los Castillejos", Sanchorreja (Avila)*, Monografías del Seminario de Arqueología de la Universidad de Salamanca n.º 6. Salamanca, 1958.

(3) J. CABRÉ, "Instrumentos tallados en cuarcita en el argarico de la provincia de Avila", *Actas y Mem. SEAEP*, 1931, 285-324; *Id.*, "Dos lotes de objetos de mayor importancia de la sección arqueológica anterromana del Museo de Sevilla". *MMAP*, 1944, (Madrid, 1945), 130 ss.

letes de bronce con doce colgantes amocillados cada uno y varias chapas amorfas de bronce. En conjunto un pequeño grupo de piezas para ser fundidas.

Aparecieron en una de las catas efectuadas a 50,50 metros, 129° al SE. del vértice geodésico que existe en el interior de la acrópolis amurallada y que marca la cota de 1.553 metros de altitud máxima del castro. Durante la campaña de excavaciones realizada en el siguiente año (1932), pudo establecerse la posición exacta donde yacían los bronceos en relación a los estratos de excavación, a saber, en la parte alta del nivel cultural inferior de los dos señalados y en el interior de una choza (*Sa 1*) situada fuera del recinto del castro.

El interés de las piezas en sí, aparte del valor que adquiere el depósito para el conocimiento de las culturas de la Meseta justifica el que tratemos de cada una de ella detenidamente.

a) *Hebilla tartésica de bronce, con representación de un grifo.* (Figs. 1 y 2.)

La pieza constituye la parte hembra de una hebilla de cinturón fundida a molde, en dos planos, uno más alto que posee una decoración calada, y otro liso con doble juego de agujeros para recibir los garfios que poseería la parte inferior de la pieza macho. Mide en conjunto 87 mm. de altura máxima por 64 mm. de anchura, correspondiendo a la parte decorada 87 mm. por 32 mm. y a la parte lisa 75 mm. por 26 mm. La parte decorada representa en realidad la mitad exacta de la decoración total de la pieza primitiva.

Representa ésta la parte anterior de un grifo, tocado con una tosca tiara, al parecer, de pie sobre una gran palmeta, ramoneando en un arbusto formado por un tallo del que arrancan tres flores de loto. La placa, fundida a molde, presenta la decoración recuadrada por una moldura de triple nervio, en la que se aprecian las cabezas de tres remaches que sostenían tres planchuelas (una de ellas se conserva) que unían la hebilla al correaie.

El grifo está tratado con cierta tosquedad, pero con realismo. Un modelado incipiente insinúa el arranque de las alas y la paletilla. El ojo se representa con una simple incisión amigdaloides. El tema se repartiría por mitad entre las dos partes de la hebilla, por lo que podemos suponer que representaba al grifo de pie sobre la palmeta en actitud semejante a otras representaciones del arte orientalizante, al que sin la menor duda es preciso afiliar nuestra pieza. (Fig. 3.)

Los tres elementos de la decoración marcan claramente ese carácter. Las representaciones de grifos, como es bien sabido, habían alcanzado una extraordinaria popularidad en el arte mediterráneo del período orientalizante de los siglos VIII-VII a. C. Recordemos p. e. los grandes calderos de bronce con prótomos de grifos que circularon en gran número por la cuenca mediterránea y que alcanzaron también la Península Ibérica <sup>4</sup>. Vemos también representaciones de grifos en las placas de marfil halladas en las sepulturas de la región de Carmona con las que presenta gran afinidad nuestra representación <sup>5</sup>. En el cinturón áureo

(4) U. JANTZEN, *Griechische Greifenkessel*, Berlin, 1955; A. GARCÍA Y BELLIDO, *Hallazgos griegos de España*, Madrid, 1936.

(5) G. BONSOR, "Les colonies agricoles preromaines dans la vallée du Bétis", *Rev. Archeologique*, París, 1889, II.

de La Aliseda el tema de grifos caminando sobre flores de loto, aunque invertidas, es característico <sup>6</sup>.

Frente al grifo aparece un arbusto constituido por un tallo con dos flores hacia arriba y otro hacia abajo. La disposición de ese brote inferior tiene un carácter decorativo, pues disminuye el calado de la placa de bronce y contribuye

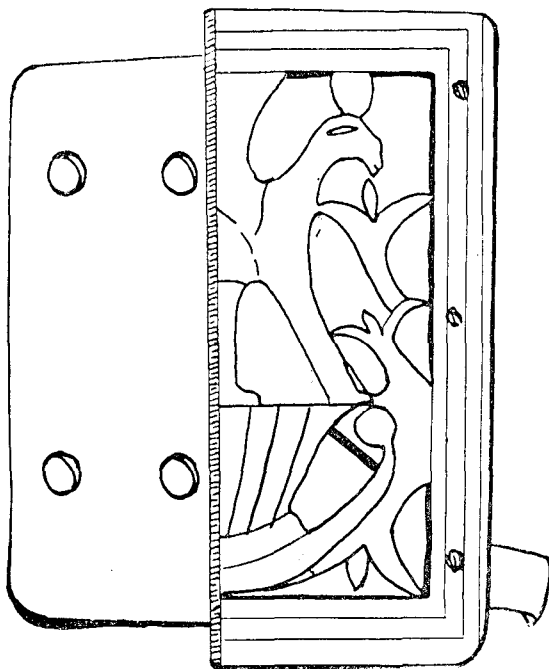


Fig. 1. — Hebillas tartésicas del nivel inferior de Sanchorreja. 1/1.

a su solidez. Posiblemente se trata de una representación del arbusto sagrado o árbol de la vida que hallamos con tanta frecuencia en todo el arte del próximo Oriente de todos los tiempos y que en nuestras tierras se aclimata también en el período orientalizante al que pertenecerán las placas caladas del Instituto de Valencia de Don Juan, publicadas últimamente por García y Bellido <sup>7</sup>, y que reaparecerá más tarde asimilado por el arte ibérico principalmente cerámico (Azaila).

El tipo de flores de loto que sirven de pasto al grifo constituye también un tema oriental generalizado en el Mediterráneo, en el que hallaremos miles de ejemplos en todas las manifestaciones artísticas influidas o relacionadas con el

(6) A. BLANCO FREIJEIRO, "Orientalia. Estudio de objetos fenicios y orientalizantes en la Península", *AEA*, 1956, 3 ss.

(7) A. GARCÍA Y BELLIDO, "Materiales de arqueología hispano-púnica", *AEA*, Madrid, 1956, 85 ss.

comercio fenicio. En la Península existen numerosos ejemplos en el foco tartésico también de procedencia mediata fenicia, como los mencionados marfiles de Carmona, pero también sobre piezas de fabricación peninsular posible como el Bronce Carriazo <sup>8</sup>.

Mucho más próximos al ejemplar de Sanchorreja son las representaciones toscas de flores de loto sobre los famosos exvotos de bronce del Cerro del Berrueco, que representan una divinidad femenina con cuatro alas, disco solar y tocado "hathórida". Estos exvotos, publicados desde hace muchos años, fueron interpretados primeramente como piezas gnosticas <sup>9</sup> por haberse reconocido claramente su inspiración oriental, y aunque más tarde García y Bellido las clasificó acertadamente de piezas prerromanas <sup>10</sup> han sido injustamente olvidadas. Dos ejemplares semejantes, pero no idénticos, existen en el Instituto de Valencia de Don Juan, procedentes de un lote de tres piezas hallados hace medio siglo. Se trata sin duda de piezas inspiradas en la metalurgia tartésica y en ellas vemos sobre la cabeza de la diosa y a los lados del disco solar que sustituye al cuerpo, flores de loto exactamente iguales a las de la hebilla de Sanchorreja.

La hebilla de Sanchorreja es muy distinta de la mayor parte de piezas de cinturón que caracteriza las culturas peninsulares, pero es idéntica a un conjunto de piezas propias del área tartésica. Juan Cabré, con motivo de publicar los broches de cinturón que posee el Museo Arqueológico de Sevilla, procedentes de tumbas de la región de Carmona, estudia el sistema peculiar de organización de estos broches que se diferencia tanto de las hebillas de cinturón propias de las culturas célticas de la Península, de tipos subtriangulares, con uno o más garfios, como de las placas rectangulares que se generalizaran a partir del siglo IV a. C., tanto en el área céltica como en la propiamente ibérica peninsular <sup>11</sup>.

Hebillas del mismo tipo que la que estudiamos se conocen de los túmulos de Los Alcores de Carmona, de la propia Carmona (área de la necrópolis romana posterior) y de Lora del Río, y es sumamente interesante el hecho de que en buen número de ellas se pueda rastrear también una decoración de inspiración orientalizante, aunque en ningún caso posean una decoración tan extraordinaria como en la hebilla de Sanchorreja. Así, por ejemplo, de los diez ejemplares más o menos completos que posee el Museo de Sevilla descritos por Cabré, el número 5 <sup>12</sup> aparece decorado con un tema geométrico inciso de dobles hachas; el número 8 <sup>13</sup> con hileras de rosetas octopétalas repujadas; el número 9 con decoración semejante de rosetas <sup>14</sup>; el número 10 <sup>15</sup> con palmetas incisas de tipo

(8) Cf. *Zephyrus* VIII, 1957, 157.

(9) F. RIAÑO, *BRAH*, 34, 124; Z. GARCÍA VILLADA, *Historia Eclesiástica de España*.

(10) A. GARCÍA Y BELLIDO, "Contribución al conocimiento de la religión de los celtiberos. Los Bronces del Berrueco". *Investigación y Progreso*, 1932.

(11) J. CABRÉ, "Dos lotes de objetos..." cit. en la nota 3.

(12) J. CABRÉ, "Dos lotes de objetos..." cit., Lám. XXXVI, 5.

(13) J. CABRÉ, "Dos lotes de objetos..." cit., Lám. XXXVIII, 2.

(14) J. CABRÉ, "Dos lotes de objetos..." cit., Lám. XXXVIII, 1.

(15) J. CABRÉ, "Dos lotes de objetos..." cit., Lám. XXXIX.

fenicio, enmarcadas por franjas geométricas; el número 1<sup>16</sup> posee una decoración más pobre de simples rombos incisos a buril.

Todas las hebillas del Museo de Sevilla proceden de un grupo de once túmulos excavados por José Peláez en 1891 en el Acebuchal, Alcores de Carmona (Sevilla), de cuya colección particular pasaron a la Colección Arqueológica Municipal<sup>17</sup> y luego al Museo Arqueológico de Sevilla. En las excavaciones reali-

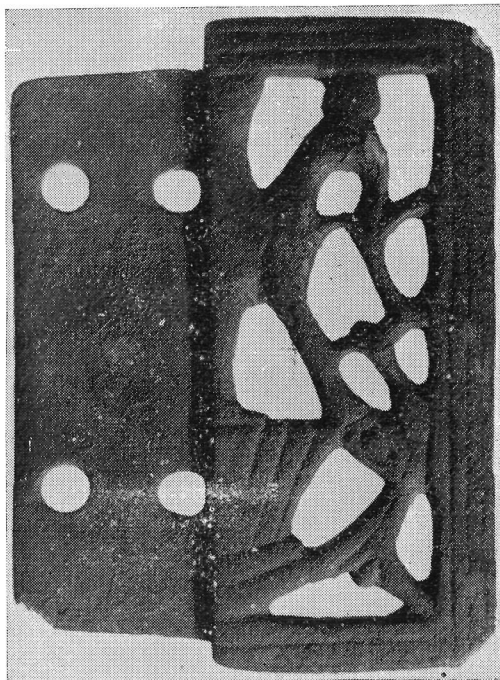


Fig. 2. — Hebillas tartésica de Sanchorreja. (Foto J. M. de M.)

zadas por G. Bonsor aparecieron nuevos ejemplares del mismo tipo. En la necrópolis romana de Carmona se hallaron tres hebillas procedentes de sepulturas más antiguas, destruidas al utilizarse de nuevo el solar en época romana. Una de ellas está formada simplemente por una placa rectangular lisa, otra decorada con hileras de rosetas octopétalas idénticas a las mencionadas del Acebuchal, y la tercera posee una decoración de palmetas similar a la del número 10 del Museo de Sevilla<sup>18</sup>.

(16) J. CABRÉ, "Dos lotes de objetos..." cit., Lám. XXXVI, 1.

(17) F. COLLANTES DE TERÁN, "La colección arqueológica municipal de Sevilla", *MMAP*, 1942 (Madrid, 1943), 184.

(18) G. BONSOR, *An Archaeological Sketch-Book of the Roman Necropolis at Carmona*. New York, 1931, lám. LXIX, 119.

También de la necrópolis de La Cruz del Negro de Carmona poseía Bonsor otra pieza decorada con una palmeta y varios ejemplares de piezas análogas se hallaron en la necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla) <sup>19</sup>. Todas las piezas poseen una total unidad que permite afirmar que son producto de un solo taller. Su área de aparición es una región muy concreta de la cuenca baja del Guadalquivir, es decir, el área tartésica por excelencia en la que sólo las necrópolis conocidas muestran la presencia de una alta cultura mixta de elementos indígenas y orientales, a la que cuadra perfectamente el nombre de cultura tartésica que le dan fuentes históricas <sup>20</sup>.

Las piezas en sí, en cuanto a su exacta filiación, ofrecen varios problemas.

El tipo singular de enganche con largos garfios situados bajo y sobre plaquitas rectangulares, es distinto por completo de las hebillas en placa subtriangular que caracterizan las culturas de filiación europea de la Península y que proceden en definitiva del desarrollo de las placas triangulares sencillas con un garfio de la cultura de Hallstatt. La complicación del enganche sugiere una tradición técnica distinta que debe ser de origen mediterráneo, puesto que si es verdad que en ninguna zona aparecen estas piezas con la densidad del área tartésica, lo que inclinaría a pensar en una creación peninsular, vemos no obstante que en joyas etruscas se utiliza el mismo sistema de garfios y plaquitas. Sirva de ejemplo el famoso broche de oro, decorado con esfinges exentas, procedente de Preneste, fechado en el siglo VII a. C. <sup>21</sup>. Sin embargo todas las hebillas españolas son producto de un taller local en el Bajo Guadalquivir, que muy bien puede ser calificado de tartésico.

Otro problema de interés es el de la cronología de esas hebillas. Cabré, al estudiar el lote del Museo de Sevilla, plantea el problema de un modo algo indirecto, puesto que teniendo en cuenta la aparición en uno de los sepulcros del Acebuchal de una hebilla triangular con un garfio de un tipo generalizado en toda la Península, cree que las hebillas que hemos calificado de tartésicas deberán fecharse a mediados del siglo V a. C., por considerar que la pieza del Acebuchal es técnicamente paralela al famoso thymiaterion de Calaceite (Teruel), al que atribuye una fecha entre el 400 y el 325 a. C. <sup>22</sup>. No creemos necesario efectuar un tan largo rodeo para fechar estas piezas y tampoco el compararlas con hallazgos de un área tan alejada como la cuenca del Ebro, sino que la fecha debe obtenerse mediante el análisis de los conjuntos que nos ofrecen las necrópolis tartésicas, en las que tantos elementos orientales aparecen. Nos hallamos claramente ante unas manifestaciones que deben filiarse a la expansión occidental de la moda orientalizante que inundó las culturas mediterráneas en los siglos VIII-VII a. C. y que en Etruria, por ejemplo, pervivirá durante una buena parte del siglo VI. En el extremo occidental del Mediterráneo podemos aceptar la pervivencia de la tradición orientalizante durante todo ese siglo VI-

(19) G. BONSOR, R. THOUVENOT, *Necropole ibérique de Setefilla*, París, 1928, 45.

(20) Cfr. A. SCHULTEN, *Tartessos*, Madrid, 1945; A. GARCÍA Y BELLIDO, *Hispania Graeca*, Barcelona, 1948; I.º capítulo "Tartessos" en la Historia de

España dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal.

(21) G. BECATTI, *Oreficerie Antiche*, Roma, 1955, lám. LVI, n.º 244 a-d.

(22) J. CABRÉ, "El Thymiaterion céltico de Calaceite", *AEA*, 1942, 181.

Es precisamente ese siglo el que marca el cénit de florecimiento de la metalurgia tartésica, cuya decadencia y prácticamente su desaparición se realizará después de la batalla de Alalia <sup>23</sup>.

El conjunto de las necrópolis de Carmona, o por lo menos la etapa de mayor riqueza, es fechada por Bonsor en los siglos VII-VI, y estudios parciales de Blanco Freijeiro <sup>24</sup> y de García Bellido <sup>25</sup> tienden a confirmar la importancia de esa etapa y esas fechas. Podemos admitir por consecuencia que durante la primera mitad del siglo VI a. C., en un taller del mediodía peninsular que calificamos de tartésico, se fabricaron todas esas complicadas hebillas de bronce, que continuaron usándose durante todo el siglo VI paralelamente a las hebillas triangulares con un garfio de tradición hallstättica que se fundían en los castros celtizados del interior de la Península.

Ello nos lleva a considerar el problema de si estas piezas deben calificarse de célticas o no. Hasta ahora, la valoración un tanto simplista desde el punto de vista étnico que se ha hecho de los yacimientos del mediodía peninsular, ha permitido calificar esas piezas de célticas. La dualidad de rituales (inhumación e incineración) que presentan aquellas necrópolis, llevó a considerar la presencia en dicho territorio de dos poblaciones distintas, una de inhumadores, que se consideró como fenicia, y otra de incineradores, celta.

Evidentemente, entre los pueblos coloniales semitas el rito funerario más sobresaliente es el de la inhumación. Por el contrario, entre los pueblos peninsulares, sean de estirpe celta o propiamente ibéricos, en el siglo VI la incineración al parecer se ha impuesto decididamente. Ahora bien, si en realidad un determinado ritual funerario en etapas prehistóricas puede ser efectivamente considerado con cierto valor étnico y definir por sí mismo un pueblo frente a otras poblaciones vecinas que practican ritos distintos, entre altas culturas de baja época, tal atribución peca de excesivamente hipotética, puesto que las diferencias de ritos son menos acusadas y en una sociedad culta se asimilan muchísimos elementos procedentes de tradiciones o culturas distintas. A veces una dualidad de ritos tiene, en efecto, una base de diferenciación étnica, pero remota, ya que el rito queda enlazado con una determinada tradición familiar que no justificaría el considerar racialmente y culturalmente distintas una familia de otra en un determinado marco cultural y cronológico.

En Etruria, por ejemplo, vemos asociados ambos ritos en algunas necrópolis, y el ejemplo más claro nos lo ofrece la propia Roma. Pero incluso entre pueblos prehistóricos uniformes observamos la dualidad de ritos, y así por ejemplo vemos cómo en la cultura de los hügelgräber, en muchos casos, se documenta tal dualidad en contextos arqueológicamente uniformes.

El problema que se plantea en las necrópolis del Sur de la Península es saber si la incineración procede de la presencia de pueblos o de tradiciones procedentes de la Meseta o si pudo ser introducida asimismo por elementos forasteros que

(23) P. BOSCH GIMPERA, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, 258 ss.

(24) *Obra cit.*, n.º 6.

(25) A. GARCÍA Y BELLIDO, "Materiales de arqueología hispano-púnica..." cit.

podrían proceder simplemente de Italia, por ejemplo. Si los túmulos de Carmona pudieran fecharse después del año 500 a. C., prácticamente el problema no existiría, puesto que son numerosísimos los argumentos arqueológicos incluso el testimonio de fuentes escritas que consignan una gravitación de los pueblos celtas de la Meseta hacia el sudoeste y, por consiguiente, la incineración podría ser atribuida a infiltraciones de esos pueblos o a lógicos cruzamientos de sangre que impusieran ritos familiares, etc. Pero en el siglo VII y a comienzos del siglo VI a. C., el hecho no parece tan claro.

El estado actual de la arqueología peninsular nos muestra que los pueblos de la Meseta desde fines del siglo VI incineraban, pero no poseemos información sobre el rito que existiera con anterioridad a esas fechas. En la Meseta occidental hallamos documentada la extensión del ritual de la incineración vinculada a la extensión hacia occidente y sur de la llamada cultura de las Cogotas desde el área oriental (celtibérica) de la Meseta. Esta cultura de Las Cogotas se superpone a la cultura de la cerámica excisa e incrustada en algunos yacimientos (Cogotas, Sanchorreja, etc.), pero hasta el presente en la Meseta desconocemos cuál sea el rito sepulcral que corresponde a esas poblaciones; es más, los pocos datos que tenemos son hasta cierto punto contradictorios. Así por ejemplo, en Renedo de Esgueva (Valladolid) <sup>23</sup>, ha sido hallada una sepultura de inhumación que contenía cerámica incrustada del tipo que acompaña siempre en la meseta occidental la cerámica excisa propia de Cogotas I, Sanchorreja I, Cancho Enamorado (Berrueco), etc. Si consideramos este caso único de sepulcro atribuible a dicho estadio con valor general, supondríamos que la inhumación es el rito que prevalecía antes de la extensión de la cultura de Las Cogotas. Sin embargo, en las propias sepulturas de la región de Carmona ha sido hallada en gran cantidad cerámica excisa y de incrustación que, por desgracia, no ha sido nunca bien descrita ni estudiada y en estos casos precede al parecer de sepulturas de incineración. El problema no podrá definirse claramente hasta que conozcamos las necrópolis de la Meseta que corresponden al estadio de Sanchorreja I-Cogotas I, cuya relación con el área tartésica queda bien documentada por esa misma pieza que estamos estudiando. Un indicio a favor de la valoración tradicional de celtismo para los elementos que aparecen en Carmona nos lo da la interpretación que hemos propuesto en otro lugar para la cultura tartésica como simbiosis entre el mundo oriental y el mundo céltico peninsular <sup>27</sup>, pero para el caso concreto de la procedencia peninsular o no del rito de la incineración de Carmona falta aún el argumento decisivo. Todas esas consideraciones se enlazan con problemas históricos cuyo análisis nos llevaría muy lejos. Por lo que afecta a nuestro tipo de hebillas es claro que no pueden definirse como célticas y que sea cual fuere el elemento humano incinerado en el Bajo Guadalquivir, las piezas, de segura fabricación local, son producto de la metalurgia tartésica.

La influencia de esas hebillas fué sin embargo muy fuerte en los centros

(26) Inédito el material en el Museo de Valladolid. (Información de P. Palol).

(27) J. MALUQUER DE MOTES, "De metalurgia

tartésica: El Bronce Carriazo", *Zephyrus*, VIII, 1957, 157 ss.



metalúrgicos indígenas. Por un lado podemos hacerla responsable de la tendencia hacia la multiplicación del número de garfios que se observa en las hebillas subtriangulares durante los siglos V-IV a. C., y por otra quizás también del desarrollo de las hebillas en forma de placas rectangulares con ricas deco-

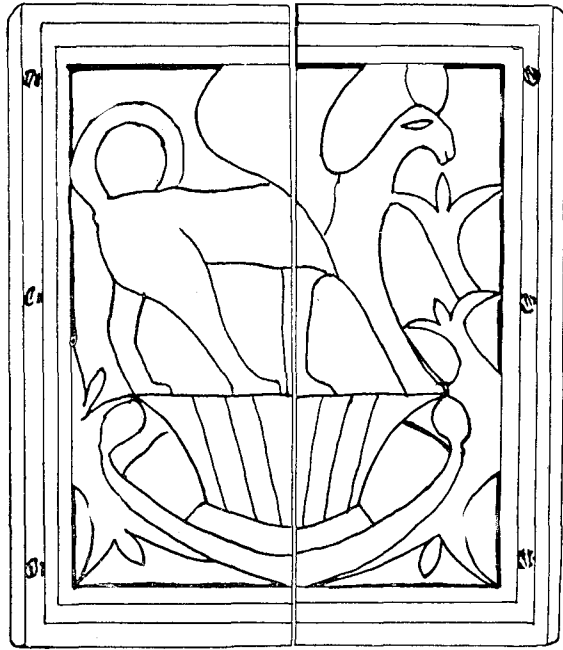


Fig. 3. — Posible reconstrucción de la decoración de la hebilla.

raciones repujadas o nieladas que adquieren su mayor desarrollo en los restantes siglos prerromanos.

En resumidas cuentas vemos que la placa de cinturón del depósito de Sanchorreja es una pieza netamente tartésica, incluso la placa más rica de decoración de todas las conocidas. Fué importada en la región en un momento avanzado del siglo VI a. C.

b) *Hebilla de bronce subtriangular con un garfio y escotaduras laterales.*

Otra de las piezas que integran nuestro lote es una hebilla de un tipo totalmente distinta a la estudiada. Es una hebilla de cinturón del tipo subtriangular, bien conocido en gran número de yacimientos peninsulares. Se conserva íntegra la pieza macho mientras sólo un pequeño fragmento corresponde a la hembra en forma de placa calada en parrilla. (Fig. 4.)

La placa presenta una decoración sencilla de tipo geométrico punteado y restos de haber estado plateada o haber soportado una planchuela repujada de plata. Tres agujeros, dos de los cuales conservan pasadores de bronce en forma de corchete, servían para asegurar la correa, que quedaba así ajustada entre la

la placa de la hebilla y una plaquita delgada de bronce, de la que se conserva un fragmento unido aún a uno de los corchetes.

Estas hebillas constituyen los tipos más difundidos en la Península como desarrollo de los broches de cinturón sencillos de la época de Hallstatt. Las encontraremos extendidas del Garona al Estrecho en ejemplares que, partiendo de prototipos sencillos triangulares, con un solo garfio desarrollarán luego dos, tres y hasta seis garfios, sin que su número tenga en realidad valor cronológico absoluto, como se había pretendido.

Los tipos con un solo garfio empiezan a popularizarse en pleno siglo VI a. C. y durante todo el siglo V continuarán usándose al lado de los tipos más complejos con varios garfios, aunque la multiplicación de éstos parece un proceso que se desarrolla después del año 450.

Los tipos sencillos con un garfio son bastantes antiguos, pues los hallamos en necrópolis como la de Agullana (Gerona) <sup>28</sup> o en poblados como Tossal Redó (Calaceite, Teruel) <sup>29</sup> o en estratos antiguos de Cortes de Navarra <sup>30</sup>, pudiéndose fechar en esas zonas en la segunda mitad del siglo VI. Más tarde se usarán los tipos de un solo garfio al lado de las hebillas más desarrolladas, incluso apareciendo en las mismas sepulturas de incineración como en La Atalaya <sup>31</sup>, caracterizando uno de los estadios de las grandes necrópolis de la meseta oriental (Valdenovillos, Alcolea de las Peñas, Clares, Guadalajara, etc.).

Es interesante notar que en la Meseta occidental las hebillas de nuestro tipo parecen caer en desuso a partir del momento de la expansión de la llamada cultura de Las Cogotas, pues se hallan ausentes de las grandes necrópolis, como las propias Cogotas, Chamartín de la Sierra, etc., donde empiezan a usarse los tipos de hebillas en forma de placas rectangulares con ricas decoraciones mucho más tardías. La escasez de hebillas de cinturón en esas grandes necrópolis occidentales es un dato interesante que posiblemente responde a la introducción de nuevos sistemas de correajes.

En todo caso, la unificación de la meseta occidental llevada a cabo por la población que desarrolla la cultura de las Cogotas a mediados del siglo V motivará el abandono de estos tipos de hebillas. La hebilla de Sanchorreja puede fecharse a fines del siglo VI o, a lo sumo, a comienzos del V a. C.

Junto a la hebilla apareció, como se ha dicho, un fragmento de la pieza hembra, de tipo rectangular, calado en varillas. El fragmento conservado pertenece al mismo punto del enganche, según parece desprenderse de la curvatura motivada por el único garfio del macho.

(28) Sep. 184 cfr. P. PALOL, J. MALUQUER DE MOTES, J. TOMÁS, "Avance de los hallazgos de la necrópolis de Agullana (Gerona)", *Rev. Ampurias*.

(29) P. BOSCH GIMPERA, "El Poblado del Tossal Redó", en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI. 1915-20, p. 649.

(30) J. MALUQUER DE MOTES, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*. Estudio crítico I. Pamplona, 1954.

(31) Cfr. Sep. AA 1; AA 11; AA 15; AB 7; AB 15, 16, 25, 27, 29, 35, 51, 52. (J. MALUQUER DE MOTES, L. VÁZQUEZ DE PARGA, *Avance del estudio de la necrópolis de La Atalaya, Cortes de Navarra*, Pamplona, 1957).

(32) J. CABRÉ, "El Thimiatieron céltico de Calaceite..." cit.

El uso de placas en forma de parrilla puede documentarse en un momento paralelo a nuestra pieza en la necrópolis de La Atalaya (Navarra), con cierta se generalizaran con las hebillas en forma de placas rectangulares, aunque con tendencia a disminuir los calados. En realidad es más frecuente con hebillas sbutriangulares el uso de piezas hembra, filiformes incluso con los extremos

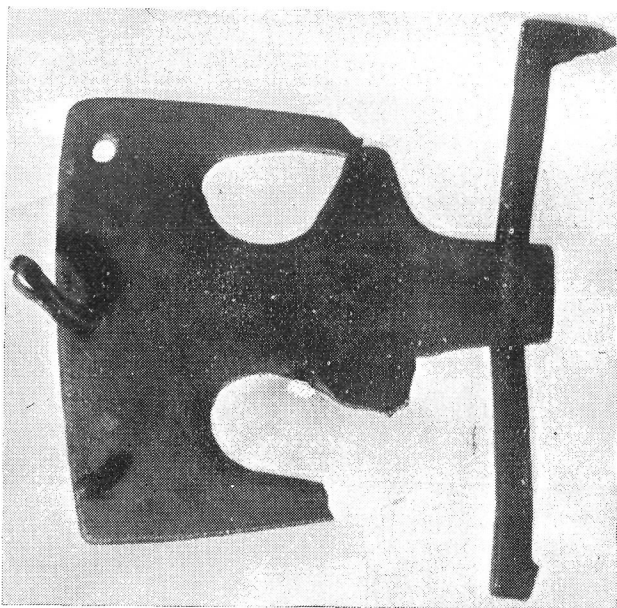


Fig. 4. — Hebilla céltica de bronce del Castro de Sanhorreja.

rematados en cabecitas de ofidios, como en un ejemplar de la necrópolis de la Cruz del Negro, pero el uso de placas de varillas no es raro.

c) *Ajorcas de bronce con colgantes amorcillados.*

Junto a las hebillas aparecieron también dos brazaletes de bronce constituídos por una varilla de sección cilíndrica, lisa, de la que cuelgan doce morcillos de bronce con los extremos simplemente doblados sobre sí mismos para permitir el libre juego. El diámetro de los dos ejemplares nos induce a creer que se trata de objetos para el adorno del brazo, es decir, brazaletes propiamente dichos y no collares o pulseras.

De los dos ejemplares, uno (Fig. 6) está formado por una argolla maciza de 8 mm. de sección y 94 mm. de diámetro interior, cuyos extremos, planos, cierran a tope. Posee doce colgantes de bronce y pesa 334 gramos. La segunda pieza tiene la particularidad de cerrar de un modo distinto, pues sus extremos en lugar de cerrar por contacto, el extremo aguzado de un lado penetra en el interior hueco del otro, es decir, que la varilla se convierte en un tubo de una longitud aproximada de 40 mm. La varilla es también más delgada, pues tiene

una sección circular de 6 mm. de diámetro y es algo mayor que el primer ejemplar, pues el diámetro interior alcanza 98 mm. Pesa 156 gramos y tiene también doce morcillones algo más pequeños, pero con libre juego como en la pieza anterior.

Este tipo de ajorcas, a pesar de su sencillez, constituyen un elemento muy típico de la joyería del occidente peninsular, que adquiere cierto interés por aparecer en una extensa área en contacto con culturas distintas. Que sepamos, este tipo de objeto no ha sido estudiado monográficamente: Abel Viana, con motivo de publicar una ajorca análoga procedente de Terras Frias (Beja, Portugal), se limita a manifestar su creencia de que se trata de un tipo portugués "—creio que este tipo de xorca é peculiar a zona portuguesa da Peninsula" <sup>33</sup>. En realidad se trata de un tipo de joyas mucho más extendido en España, como característico de un momento antiguo, que merece cierta atención por los yacimientos en los que aparece y por su asociación a determinados materiales arqueológicos. Veamos a grandes rasgos su distribución geográfica.

Una rápida revisión de la bibliografía más importante nos muestra, en efecto, que en Portugal aparecen en numerosos yacimientos. Los encontramos en una sepultura de Lagoa (Algarve), publicada ya en el siglo pasado; también aparecen en Mértola, castro de Santa Olalla, castro de Cendufe (Arcos de Valdevez), Condeixa-a-Velha, Monte Redondo y en la necrópolis de Alcacer do Sal. Ultimamente se señala en Terras Frias (Beja) y en el Museo de Belem hemos visto ejemplares del castro de Azougada (Moura) y de Alto de Cha (Alto Alentejo). En varias ocasiones se han ocupado de estas piezas los arqueólogos portugueses, como Santos de Rocha <sup>34</sup>, Leite de Vasconcelos <sup>35</sup> o Abel Viana. Para Leite se trata de un tipo de joyas propio de la segunda Edad del Hierro. Como hemos de ver, son más propias de la primera Edad del Hierro o de la etapa final de la Edad del Bronce.

Ya Abel Viana intentó relacionar con esas piezas un colgante amorcillado de bronce que apareció en las excavaciones de Juliobriga (Santander) <sup>36</sup> y, con ciertas dudas, un morcillón suelto de la necrópolis de Agullana (Gerona) <sup>37</sup>, pero en España, aparte de estos dos brazaletes de Sanchorreja, existen otros numerosos ejemplares.

Así, por ejemplo, en el lote de bronce hallado en San Esteban del Sil y publicado por primera vez en la revista ZEPHYRUS <sup>38</sup>, un morcillón suelto de ese mismo tipo apareció asociado a una espada de bronce con empuñadura calada y dos puntas de lanza de bronce con cubo <sup>39</sup>; en el castro burgalés de Lara se conocen también piezas de este tipo que se hallan en el Museo de Burgos y

(33) A. VIANA, "Noticias históricas, arqueológicas e Etnográficas do Baixo Alentejo", *Arquivo de Beja* XII, 1955, 19.

(34) *Portugalia* II, 328.

(35) "Estudos da época do ferro em Portugal. Espólio funerario dos arredores de Lagoa", *O Arch. Port.* XXII, 100.

(36) A. HERNÁNDEZ MORALES, *Juliobriga. Ciudad romana de Cantabria*. Santander, 1942, 102.

(37) Según información verbal de P. de Palol, que excavó con Joaquín Tomas aquella necrópolis, no parece tratarse de un morcillón de este tipo.

(38) F. LÓPEZ CUEVILLAS, "Armas de bronce ofrendadas al río Sil", *Zephyrus* VI, Salamanca, 1955, 233 ss.

(39) L. MONTEAGUDO, "Palafitos, problemas y leyendas", *Revista de Dialectología y Tradiciones populares*, XIII, Madrid, 1957. 77 ss.

en la colección arqueológica de don L. Monteverde <sup>40</sup>. Un morcillón suelto ha sido publicado como procedente del también burgalés castro de Solarana <sup>41</sup>. Más al sur los vemos bien representados en los castros del área abulense salmantina cacereña. En el Cerro del Berrueco el padre Morán halló un fragmento de brazaletes de este tipo, con un morcillón, aunque no fué identificado en su

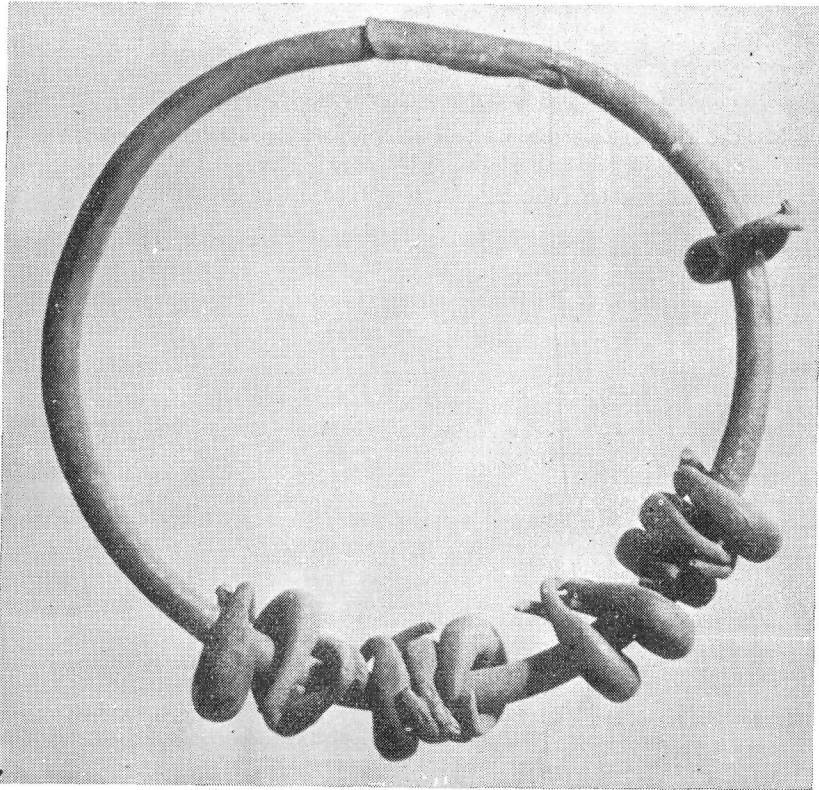


Fig. 5. — Brazaletes de bronce del depósito de Sanchorreja.

día como parte de un brazaletes de los que nos interesan. Se hallaron morcillones sueltos en la necrópolis de Candeleda (Avila) <sup>42</sup>, en Caparra y Alconétar <sup>43</sup>. En el Museo Arqueológico Nacional existe una ajorca completa de este tipo de la que se ignora la procedencia <sup>44</sup>, y, según B. Taracena, morcillones sueltos apa-

(40) Aprovechamos esta oportunidad para agradecerle sus informaciones y las fotografías de materiales inéditos de su colección particular.

(41) S. GONZÁLEZ SALAS, "Lerma. Solarana (Burgos)", *Noticario Arqueológico Hispánico*, 73, 1935, XXXVIII, 1.

(42) Información verbal de don Antonio Molinero.

(43) En el Museo de Bellas Artes de Cáceres, procedentes de las excavaciones efectuadas en Caparra por Floriano y fondos antiguos del Museo.

(44) B. TARACENA. *Adquisiciones del M. A. N. Brazaletes céltico de bronce*. Madrid, 1940-45 (Edit. 1947, 55).

recen con frecuencia en los yacimientos celtibéricos. Finalmente, en el Museo Arqueológico de Sevilla y sin procedencia concreta, pero con seguridad de origen local, existen brazaletes completos <sup>45</sup>.

Vemos por consiguiente que su área de distribución es mucho más amplio que la zona portuguesa señalada por Abel Viana y creemos que una atenta revisión de los materiales almacenados en los Museos permitiría ampliar enormemente el área señalada. Sin embargo destaca de un modo claro la mayor densidad de hallazgos en el área occidental de la Península en zonas que sufrieron una intensa celtización.

Veamos ahora lo que se puede deducir de algunos hallazgos. Uno de los más interesantes es el aparecido en una sepultura de Lagoa, publicado por Monseñor Conego Botto, que lo atribuyó ya acertadamente a la primera Edad del Hierro. La sepultura, de inhumación, contenía "una argolla con onze pingentes-sanguessugas (artefacto de bronce n.º 13), un brazalet de bronce con cabeza de serpente (n.º 14), fragmentos cerámicos (de los que por desgracia sólo indica que contenían estriamiento regular (n.º 3), una punta de lanza de hierro con restos de empuñadura e jarra do mesmo metal, amén de huesos".

Esta descripción tiene un elevado interés, puesto que nos indica con bastante precisión el tipo de sepulcro de que se trataba. Probablemente una inhumación bajo túmulo, según parece desprenderse del siguiente párrafo del *Glossario*, que empieza "Na mesma consociação tumular aparecem as contas..." (Se refiere a las de pasta vítrea blancas y azules consideradas fenicias). Abel Viana, de quien tomamos la cita <sup>46</sup>, conviene en considerar que se refiere a una sepultura típica de la Edad del Hierro de Bensafrim.

Podemos intentar precisar más y suponer que la sepultura en cuestión fuera del tipo de las excavadas por Bonsor en los Alcores de Carmona. Su ajuar funerario estaría compuesto por un jarro de bronce y fragmentos cerámicos de clasificación más difícil. La mención de "estriamiento regular" de los fragmentos a que se refiere el autor, hoy nos sugiere que se trata de una cerámica fabricada a torno, pero no creemos que monseñor Conego Botto se refiera a estrias interiores (pues habría consignado cerámica fenicia o púnica), sino a incisiones decorativas en la superficie exterior, que es la que se apreciaría en el momento de hacer la descripción de las piezas cosidas o pegadas sobre un cartón al uso de la época. En este caso es probable que se refiera a cerámica decorada y fabricada a mano. (Recuérdese que todo el ajuar fué clasificado como de la primera Edad del Hierro). Con toda probabilidad puede suponerse la presencia de cerámica incisa del tipo de la de Carmona.

La Jarra de metal, no tratándose de una sepultura romana, se referirá seguramente a uno de los típicos oenochoes de bronce característicos del mundo tartésico del estilo del de la Cañada de Ruiz Sánchez, del de Huelva o del de la Colección Calzadilla de Badajoz <sup>47</sup>.

(45) C. F. CHICHARRO, "Objetos de origen céltico en el Museo Arqueológico de Sevilla", *Crónica II Congr. Arq. Nac.* Madrid, 1951 (Zaragoza, 1952), p. 321, lám. XXXVII-1.

(46) M. CONEGO BOTTO, *Glosario crítico dos*

*principales monumentos do Museu Archeologico Infante D. Henrique*. Faro, 1889.

(47) A. GARCÍA Y BELLIDO. "Materiales de arqueología hispano-púnica. Jarrros de bronce". *AEA*, 1956.

Con estos datos se obtiene una primera posibilidad de cronología. El jarro, sea cual fuere su tipo, nos encuadra la sepultura en los siglos VII-IV y para mayor precisión se añade la aparición de cuentas de pasta y vitrea fenicias.

Los restantes hallazgos son también significativos. Varias ajorcas del tipo de las de Sanchorreja aparecen en la necrópolis de Alcázar do Sal (Museo de

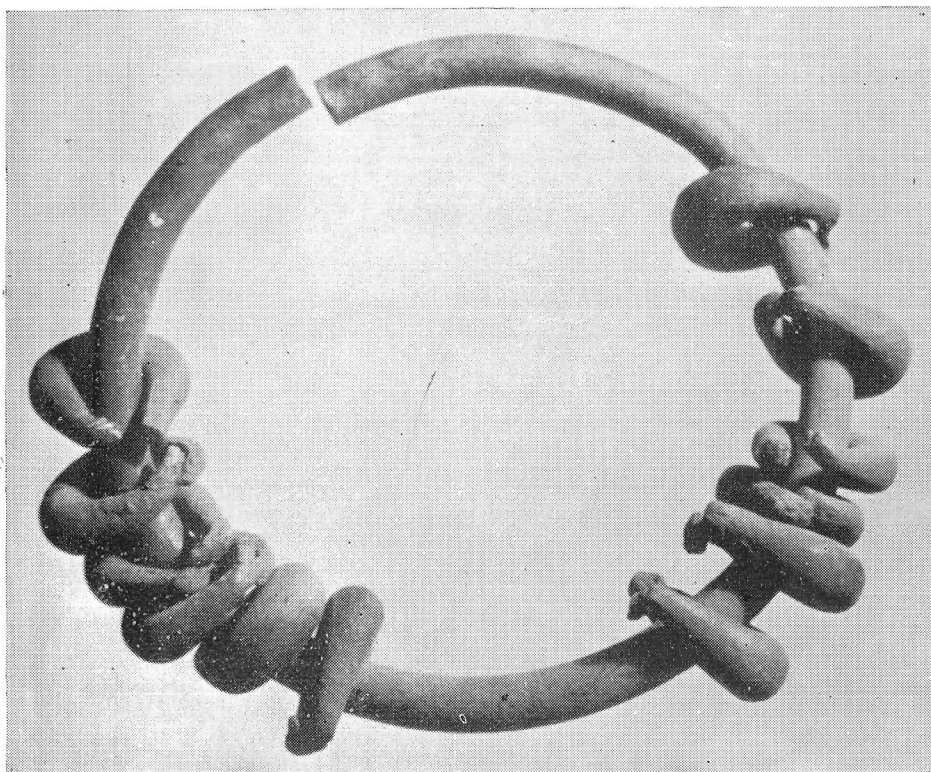


Fig. 6. — Brazaletes de bronce del depósito de Sanchorreja.

Belem y Colección Gentil, hoy en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Coimbra). La necrópolis tiene una amplitud de utilización muy grande, pues corresponde a un castro importante con muchos siglos de existencia, pero a juzgar por los objetos de importación (escarabeo egipcio, cerámica griega de figuras rojas, etc.) los siglos de mayor riqueza corresponden del VII al V a. C. Al mismo momento parece pertenecer la etapa rica del castro de Moura, donde aparece también la cerámica ática de importación del siglo V.

Entre los hallazgos españoles merece destacarse el del río Sil por su asociación con una espada de bronce con empuñadura calada y dos puntas de bronce, cuya relación con el gran lote de armas de bronce de la Ría de Huelva parece claro. El depósito de la Ría de Huelva viene fechándose alrededor del 750 a. C., aunque existe una tendencia moderna a rebajar algo su fecha que

podría alcanzar incluso el comienzo del siglo VII. La aparición de un cargamento de armas de bronce amortizadas para ser fundidas en un centro metalúrgico tartésico, no supone necesariamente el abandono definitivo del uso de espadas, de bronce en todo el occidente peninsular, donde pudieron alcanzar el siglo VI. De hecho vemos que puñales de bronce, relacionados sin duda con aquellos tipos de espadas, continuaban en uso en los castros de la meseta hasta el momento de la infiltración de la cultura de Las Cogotas (alrededor del 500 a. C.<sup>48</sup>). Por consiguiente, la asociación de un morcillón de bronce con las restantes piezas del hallazgo del río Sil, nos indica una fecha antigua para el uso de este tipo de brazaletes, lo que parece confirmarse con la aparición de un morcillón de plata en el tesoro de La Aliseda, clasificado unas veces como arracada y otras como un arete para el adorno de la nariz, pero que bien pudiera tratarse de un morcillón colgante para un brazaletes del tipo que nos interesa.

En resumidas cuentas, puede aceptarse plenamente el uso de estos brazaletes durante los siglos VI-V a. C.

En cuanto al problema de la filiación de estos brazaletes, su sencillez constituye un verdadero obstáculo. Están fundidos en su mayor parte por la tradicional técnica del molde y el modo de sostenerse los colgantes, simplemente doblados, nos indica que nos hallamos ante piezas de simple artesanía, que se imitarían en todos los centros metalúrgicos a partir de unos prototipos fijos y definidos.

Por el área donde aparecen estas piezas suelen clasificarse de célticas, pero no existen verdaderos precedentes en el mundo europeo en lo relativo a la estructura del collar o brazaletes con colgantes amorcillados. La impresión que producen es de tratarse de un elemento, que si no es indígena (recuérdese todos los sistemas de collares con colgantes en uso desde el Eneolítico), procede en su idea del mundo mediterráneo y pueden interpretarse como una tosca bisutería de imitación de los collares ricos y brazaletes, con colgantes del período orientalizante (Egeo, Grecia, Etruria, etc.) La idea cuajaría en los focos metalúrgicos tartésicos del mediodía y de ellos se extendería a la Meseta. La asociación de estos dos brazaletes en Sanchorreja con la hebilla decorada con el grifo que hemos estudiado hace muy posible esta sugerencia.

Los restantes objetos del depósito de Sanchorreja carecen de verdadero interés, pues se trata de simples chapas dobladas y amorfas reunidas con ánimo de refundirlas. Hay un pequeño fragmento de chapa con borde circular decorada al burro con compás. De tratarse de un disco, su diámetro sería de 130 mm.

En conjunto los objetos del depósito de Sanchorreja ofrecen un destacado interés. Desde el punto de vista intrínseco por la agrupación de los distintos objetos y por la forma de yacimiento, porque marcan el final de una etapa cultural importante en la Meseta cual es la cultura de la cerámica excisa y el comienzo de la infiltración en el occidente peninsular de la cultura clásica de Las Cogotas, cuya cronología inicial no andará muy alejada del año 500 a. C.<sup>49</sup>.

(48) J. MALUQUER DE MOTÈS, "La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro", *Zephyrus* VII, Salamanca, 1956, 179.

(49) Cfr. J. MALUQUER DE MOTÈS, *Excavaciones en el castro de "Los Castillejos", Sanchorreja (Avila)*, Salamanca, 1958.